

Manuela, de Eugenio Díaz Castro, o la novela sobre el impasse de fundación nacional

Sergio Escobar*

Universidad de Michigan

Recibido: 9 de octubre de 2006. Aceptado: 4 de noviembre de 2006 (Eds.)

Resumen: Este artículo es una aproximación a *Manuela*, la novela de Eugenio Díaz Castro, desde la perspectiva de los Estudios Subalternos. Argumenta que el novelista ilustró "desde abajo" los principales obstáculos del proyecto de consolidación nacional colombiano de mediados del siglo XIX. Se propone demostrar cómo dichos obstáculos fueron atribuidos por el escritor al elitismo de los grupos dominantes, actitud que rechaza incorporando en la narración algunas de las demandas históricas hechas por los sectores populares del momento; asimismo, aquí se destaca cómo el autor advierte que la exclusión permanente de las mayorías significaría la postergación indefinida de la unidad Estado-nación. Para probar este argumento son identificados en la novela, a la luz de textos representativos de la época, las narrativas de los proyectos dominantes y marginales involucrados en la lucha por el dominio hegemónico de la población nacional.

Descriptores: Díaz Castro, Eugenio; *Manuela*; Ficciones fundacionales; Hegemonía, hegemonía alternativa, contrahegemonía; Estudios Subalternos.

Abstract: This article approaches perceptions of *Manuela*, by Eugenio Díaz Castro, on Colombian national consolidation from a Subaltern Studies perspective. The article argues that Colombian national consolidation major obstacles of the 19th Mid-Century were portrayed by the novelist from the perspective of the dominated classes. The study intends to demonstrate how those obstacles were credited by the novelist to elite's attitude towards subalterns, a position he had tried to reverse by including into the novel current popular historical demands. Furthermore, the novelist warns us that national consolidation would be delayed perpetually by leaving the majority of the population out of the nation building project. To substantiate this argument a number of important writings of the time are compared with Díaz Castro's novel depiction of those narratives that were representing

* M.A. The City College of the City of New York. Candidato al doctorado del departamento de lenguas y literaturas romances de la Universidad de Michigan (sescobar@umich.edu). Este artículo es resultado parcial de su tesis sobre las novelas fundacionales colombianas.

main stream and marginal projects involved in the struggle for hegemonic dominance of the nation-state.

Key words: Díaz Castro, Eugenio; *Manuela*; Foundational fictions; Hegemony, alternative hegemony, counter-hegemony; Subaltern Studies

La construcción de un Estado-nación inclusive, democrático y multicultural es una tarea que permanece inconclusa, exactamente como lo advirtió en *Manuela* Eugenio Díaz Castro hace ya 150 años. Por no haber sido transformados los factores que obstruían la consolidación nacional, su ejecución ha sido condenada a un impasse insoluble mientras las élites locales, tan conservadoras, oligarcas y clientelistas como las del siglo XIX, (se) han perpetuado (en) un gobierno de la nación sin hegemonía gracias a una táctica centenaria de corrupción, violencia y desinstitucionalización.

Este ensayo es un estudio de cómo en *Manuela* han sido caracterizados por Eugenio Díaz Castro los principales obstáculos del proyecto de consolidación nacional tal como se presentaban en la década de 1850. Se argumenta que el autor atribuyó a las élites los límites y el fracaso de este proyecto, mientras sugería que el mismo tendría éxito siempre y cuando los grupos dominantes incluyeran realmente a los pueblos y culturas subalternos locales. Para probar este argumento, se identifica en la novela la presencia de una narrativa contrahegemónica alojada entre la narrativa de la modernidad colonial propuesta por los grupos dominantes. Estas narrativas se examinan a la luz de textos literarios y no literarios de la época, representativos de los proyectos dominantes y marginales involucrados en la lucha por el dominio hegemónico. Así, pretende demostrarse que *Manuela* es un espacio discursivo permeable a las narrativas alternativas y contrarias a la de la modernidad colonial.¹

1 La expresión de "modernidad colonial" es usada para tener en cuenta la perspectiva teórica propuesta por Walter Dignolo sobre la modernidad/colonialidad en "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad" (2005, 55-85). Dignolo argumenta que el mundo que conocemos emerge como sistema/mundo moderno desde el momento en que se inicia el circuito comercial del Atlántico Norte, en el siglo XVI, que contribuyó fundamentalmente a la autodefinición de Europa y a la formación del capitalismo; retomado más tarde y transformado por Inglaterra y Francia en el proyecto de "una misión civilizadora", este proceso tiene un lado oscuro que, para Dignolo, ha solido dejarse por fuera de las consideraciones del capitalismo y de la modernidad, y es que ambos fenómenos están ligados indisolublemente al imaginario de un proyecto colonial europeo, para el que la periferia de Europa es naturaleza y barbarie. También es aceptada aquí la proposición de Dignolo según la cual tanto la misión cristiana, iniciada con el descubrimiento y conquista de América, como la

En la primera parte se analiza cómo son presentadas la narrativa liberal radical y la alternativa conservadora a través de los diálogos entre Demóstenes y el cura Jiménez; luego se las compara con aquellas pregonadas históricamente por los grupos privilegiados de la Nueva Granada. En la segunda parte se describe la presencia de una narrativa de carácter contrahegemónico, inscrita en la novela de forma dispersa, fragmentaria y contradictoria; asimismo, ésta se coteja con el discurso de las Sociedades Democráticas durante el periodo en que se sitúa la historia de la novela.

El marco teórico usado en este trabajo está inspirado en Antonio Gramsci y Raymond Williams. Para Gramsci (1984), una clase dirigente puede ser dominante o hegemónica; es dominante si tiende a ejercer por fuerza el control político, social, económico y cultural de la sociedad; y es hegemónica si logra controlar y dirigir esa sociedad por medio de una práctica combinada de coerción y consenso, en la que los dominados acepten como válido, legal y natural ese dominio. Los matices teóricos de “hegemonía alternativa” y “contrahegemonía” se han empleado de acuerdo con lo que Williams propone en *Marxismo y Literatura*; allí señala que una hegemonía es siempre una forma activa de dominación, la cual debe ser continuamente renovada, recreada, defendida y modificada en cuanto es permanentemente resistida, limitada, alterada y desafiada por otras fuerzas sociales; por esta razón, formula el concepto de “hegemonía alternativa” para proyectos disidentes, reformistas o alternativos, que ofrecen introducir matices, adaptaciones o incorporaciones a la hegemonía actual o virtualmente dominante; y concibe por “contrahegemonía” los proyectos opuestos y distintos a la hegemonía específica (1977, 134).

El marco conceptual anterior está justificado por la presencia de por lo menos tres narrativas identificables en *Manuela*: una narrativa hegemónica liberal, dominante en Colombia desde mediados de siglo al igual que en la mayoría de los países hispanoamericanos,² otra narrativa de carácter alternativo y conservador, dominante durante la década de 1840; y una tercera de tipo contrahegemónico y popular, que se gestó entre 1848 y 1852. Por

misión civilizatoria, que reemplaza la hegemonía de la misión cristiana en los siglos siguientes y prepara la emergencia de Inglaterra y Francia como los nuevos poderes imperiales, son dos momentos del mismo proceso de constitución de la modernidad colonial (2000, 280-281).

2. Decir que la narrativa hegemónica liberal era dominante es distinto a decir que los liberales ejercieran un dominio hegemónico, que de hecho ningún grupo entonces ni ahora ha podido ejercerlo.

ejemplo, si personajes como Demóstenes justifican un proyecto de consolidación radicalmente liberal, otros, como el cura Jiménez, proponen uno reformista, acorde con el modelo de una república cristiana, mientras actores pobres y subordinados, como Manuela, Dimas o Melchora, aparecen negando, resistiendo y atacando los modelos anteriores al tiempo que sugieren una república inclusivista, de carácter popular.

Díaz emprende el estudio de estas narrativas siguiendo a Demóstenes en su desplazamiento de la capital del país a un pueblito localizado en las vecindades de la sabana bogotana. No obstante lo corto del viaje, va a simbolizar el descubrimiento del país que habían iniciado las élites de Colombia hacia mediados del siglo (1991).³ Éste es escenificado en *Manuela* por la empresa común iniciada entre Demóstenes y el cura de medir y clasificar la montaña al igual que domesticar a sus habitantes, como Dimas.

Pero el descubrimiento y conquista del interior del país tropieza en la ficción como lo había hecho en la historia nacional con múltiples obstáculos locales. Díaz los aborda cuando muestra cómo la llegada a La Parroquia significa para el congresista liberal el ingreso a una especie de zona de contacto con la periferia del Estado-nación, imaginado y diseñado desde Bogotá; dicha experiencia le revela, al igual que a los lectores de la novela, que el Estado casi no había tocado el pueblito rural, y lo poco que de él había llegado era deformado, criticado o resistido por las prácticas culturales, políticas, económicas y sociales de la población local. El narrador examina estos obstáculos desde narrativas alternativas y contrarias a la del modelo de nación defendido por el recién llegado.

Las divergencias liberales con la alternativa de una república cristiana se ponen de manifiesto en las discusiones entre Demóstenes y el cura de los capítulos III, VIII, XVII, XXIII, XXIV y XXX (Díaz, 1988). Demóstenes organiza su narrativa civilizatoria atacando metódicamente a la iglesia y a las formas locales de cultura, que considera rezagos feudales de la colonización española que se habían constituido en los principales impedimentos para el éxito de la consolidación nacional y del progreso a la altura del medio

3 Fueron fruto de la intensificación del descubrimiento y colonización interior de Colombia desde mediados del siglo la creación de la Comisión Corográfica, los relatos de viajes al interior hechos por los criollos locales, la producción de los cuadros de costumbres y novelas, fuera de múltiples artículos periodísticos y ensayos de reflexión sobre los factores sociales y geográficos que estorbaban la integración y la modernización del Estado-nación.

siglo; propone en su lugar seguir las formas de gobierno y cultura de los países anglosajones y europeos no hispánicos.

Por su parte, el cura trata de hacerle entender al congresista gólgota que los liberales cometían un gran error atacando a la iglesia, a las creencias religiosas y a las costumbres y tradiciones locales, prefiriendo modelos importados de Francia, Londres o Washington; como consecuencia, la república liberal había terminado ignorando la constitución de la nación, el modo de ser de los pueblos y culturas locales, que eran el grueso de una república mayoritariamente de tradición hispana y rural; por el contrario, se debían conservar las costumbres y tradiciones locales junto con los valores religiosos y la institución católica ya que habían sido hasta entonces las más apropiadas e importantes formas de unificar el cuerpo social y político de la nación, y constituían, por lo tanto, el camino más firme y positivo para consolidar el Estado-nación hacia el futuro.

Los diálogos entre Demóstenes y el cura Jiménez le permiten a Díaz exponer fielmente las narrativas y los motivos de disenso histórico entre las élites de la Nueva Granada, tal como se venían cristalizando desde 1848. Esto puede comprobarse con la lectura de *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (1861), de José María Samper, y *La república en la América española* (1869), de Sergio Arboleda, ensayos políticos en donde se expresó de forma más acabada y sistemática el pensamiento liberal y conservador de los grupos privilegiados durante el período al que se refiere la novela.⁴

4 Ambos autores atribuyen a rezagos de los yerros civilizatorios del pasado los obstáculos corrientes de progreso económico y unidad nacional; éstos eran para Samper consecuencia de la forma retrógrada y obscurantista como España había colonizado los pueblos americanos (1985, 2002-2004); mientras Arboleda se los imputa a la revolución de independencia por haber truncado el proyecto latino de una civilización y una república cristianas, que tanto progreso había traído a los pueblos americanos desde la Conquista, y al desacierto de la generación independentista de haber pretendido implantar formas de civilización ajenas totalmente a las razas y culturas de origen latino; al igual que el cura Jiménez, Arboleda invita a estudiar las costumbres, creencias y tradiciones locales del pueblo americano para componer la república de acuerdo con lo que era física, social y moralmente (Arboleda, 47). De este modo, los conservadores abrieron caminos de interpretación que matizaron la modernidad colonial y que más tarde madurarían en la novela de la tierra y el indigenismo (Burns, 51-71); pero no hay que engañarse creyendo que eran menos colonialistas que su contraparte liberal; la verdad es que patrocinaban un proceso de penetración interior adelantado ya por la colonización española, en lugar de otro enteramente por cumplir como el de la modernidad radical gólgota.

La forma como está representada en *Manuela* la confrontación liberal-conservadora ha dado origen a interpretaciones contradictorias y discutibles. El hecho de que el cura carezca de las grietas e inconsecuencia de Demóstenes, que lo rebasa en la controversia, y que los límites y obstáculos del liberalismo ilustrado sean objeto de una fiscalización mucho más profunda y extensa que los del modelo conservador católico, ha llevado a un sector de la crítica a decir que Díaz defendió en la novela un proyecto conservador de Estado-nación.⁵ Sin duda, han confundido lo dicho por los personajes y el narrador con la tesis de la novela, que afirma algo muy diferente. Germán Colmenares, por ejemplo, llegó al colmo de sugerir que Díaz había incluido el discurso contrahegemónico de los sectores subalternos con el propósito de reforzar la crítica de los conservadores a los límites de la modernidad liberal (IV). Sin embargo, la evidente simpatía y solidaridad con las culturas y pueblos locales manifestada por Díaz tiene una perspectiva abiertamente disímil de la sostenida por la élite conservadora y por la iglesia, pues su enfoque manifiesta una dosis de subversión política de las estructuras del poder bastante extraña a una visión desde arriba.

Lo anterior puede comprobarse con una lectura atenta a los diversos matices de la representación ofrecidos por la novela. Ésta admite concluir, primero, que el mundo novelesco de *Manuela* para nada se adscribe cerrada y definitivamente a un modelo elitista de civilización, sea tradicional o moderno; antes bien, se observa que su edificio narrativo ha sido complejamente ensamblado con discursos heterogéneos, mezclados e incluso contradictorios, cuya presencia obedece indudablemente a la voluntad democrática de incluir en esta fábula sobre los problemas nacionales las distintas tendencias políticas empeñadas en la lucha por la hegemonía del Estado-nación,⁶ una lectura cuidadosa también permite afirmar que la dinámica anterior tiende a estar estructurada desde un punto de vista localizado sutilmente en la perspectiva del proyecto de Estado-nación imaginado por los sectores populares organizados en las Sociedades Democráticas formadas después de 1848.

5 Así suelen afirmarlo categóricamente quienes escriben las historias de literatura destinadas al sistema educativo oficial; lo extraño es que dicha opinión fuera compartida por el gran historiador Germán Colmenares (1988, 257).

6 Esta actitud es corroborada por el manifiesto de fundación de *El Mosaico*, en donde sus fundadores subrayan la intención de apartarse del espíritu de partido reinante, dando cabida en sus páginas a la producción literaria independientemente de la filiación política de sus productores.

Ejemplo de la primera conclusión son los capítulos en donde son defendidas las formas culturales populares de la tradición local (“El Angelito”, “La Octava del Corpus”, “El San Juan”); pero a diferencia del cura y de los ideólogos conservadores como Sergio Arboleda o Mariano Ospina, rechaza asidua y tenazmente de esa tradición, las formas de tenencia y explotación de la tierra y el hombre; son patrocinadas en cambio las relaciones alternativas de trabajo y economía de la modernidad en un capítulo como “Ambalema”, en donde, como lo comprueban Manuela y los lectores de su historia, mejoran ostensiblemente las condiciones y salario de las trabajadoras. Asimismo, cuestiones centrales de la modernidad son impugnadas por la novela, como el ataque a la iglesia y la intención de homogenizar al país de acuerdo con modelos culturales anglosajones o franceses. Es fundamental destacar que la aceptación y el rechazo de aspectos medulares de la modernidad y de la tradición depende de cuán benéficos eran para los sectores pobres, patentizando con ello el autor un esfuerzo importante por concederle a la situación y al punto de vista de los de abajo el lugar protagónico que en los problemas de construcción nacional les era negado por el discurso histórico, político y literario de las élites letradas. Este interés afectuoso por la problemática y perspectiva de los sectores dominados, para nada incidental ni esporádico, puede explicarse con interpretaciones menos especulativas y categóricas que las de Colmenares, como son aquellas que incluyen tanto la vida del autor como los condicionamientos de su horizonte histórico.

Teniendo en cuenta la relación solidaria entre novela y autor, y el convencimiento que entonces se tenía de que las narraciones literarias debían de servir para fundar la nación, la interpretación biográfica permite asociar la narrativa contrahegemónica de la novela con el deseo profundo del autor de incluir en el romance fundacional a los campesinos pobres de la historia, cuyos problemas y puntos de vista llegó a sentir como propios después de compartir con ellos un gran lapso de su vida. Gracias a los escasos pero importantes datos biográficos del creador de *Manuela* consignados con motivo de su muerte por José María Vergara y Vergara en *El Mosaico*, (13 de abril de 1865), se sabe que Díaz solía vestirse y comportarse de forma muy particular; afirma su biógrafo que a la virtud de vestir sin vergüenza como “los hijos del pueblo” (usando ruana y alpargates), debía añadirsele la de tratar por igual a todos los hombres, no hallando a nadie inferior ni superior a él.

Sería difícil no ver en estas prácticas semióticas, incluida la literaria, una puesta en escena de la voluntad de identidad y diferencia del escritor con sus contemporáneos. Por un lado, expresan su disposición de diferenciarse de los colegas letrados, que además del cultivo y atesoramiento de las letras, portaban levita y zapatos ingleses para situarse presuntuosamente por encima de los grupos de la sociedad sin ilustración, “la gente de ruana”, “la gente descalza”. Por otro lado, al igualarse con la gente humilde en el trato social, Díaz asumía performativamente el ejercicio de una democracia auténticamente igualitaria y popular, no la meramente retórica y discriminatoria practicada por los grupos privilegiados. Estos marcadores de identidad debieron tener una connotación fuertemente política en el inconsciente de la élite letrada, a pocos años de los acontecimientos del año 1853, para no mencionar los del año 1854, cuando cristalizada ya la lucha de clases entre los sectores artesanales y los liberales gólgotas, los *guaches* (los artesanos) empezaron a usar ruanas coloradas para diferenciarse de los *cachacos* (los Gólgotas) que vestían levitas; inmediatamente antes de empezar a apedrearlos en los barrios de Bogotá por haber traicionado la causa popular (Sowell, 119-121).

En el contexto anterior, Díaz consignaba un declaración política que un conservador tan cercano a su época de escritor como Vergara y Vergara no dudó en interpretar como el proyecto de fundar la República “de abajo para arriba; de la parroquia para el Congreso” (*El Mosaico*, 1865). ¿De dónde pudo haber inferido este credo Vergara y Vergara si no fue de la elucidación conjunta del mensaje que Díaz enviaba a sus contemporáneos mediante prácticas literarias y no literarias? Teniendo en cuenta estos aspectos biográficos, es coherente pensar que Díaz hubiese querido dejar resonar en la novela, sobre los problemas de consolidación nacionales, un factor de influencia tan importante como había sido el papel jugado por los sectores populares, que desde las Sociedades Democráticas y la Guardia Nacional habían fracturado las estructuras tradicionales de poder entre 1848 y 1854.⁷ El tono de su voz dolida y desengañada después de la derrota del

7 Esclavos, libertos, manumisos, artesanos, mestizos y campesinos pobres, alterando el panorama político nacional, habían llevado los liberales al poder no simplemente sirviendo de instrumento de un protagonismo atribuido a las élites por el discurso oficial, sino a cambio de múltiples reivindicaciones democráticas. Así lo han demostrado los estudios más recientes sobre los movimientos populares del siglo XIX en Colombia (Sowell, 103-142; Aguilera Peña y Vega Cantor, 89-141; Gutiérrez Sanín, 127, 130-131, 155; Pacheco, 17; Sanders, 2). Estas

gobierno revolucionario del general Melo, su crítica ardorosa y amarga de la democracia retórica de los liberales gólgotas, el reproche clasista a su falta de compromiso real con las esperanzas y expectativas de aquellos que los habían llevado al poder desde mediados de siglo, forman un conjunto de voces que desde los resquicios del edificio novelesco integran una narrativa con un proyecto de Estado nacional “de abajo para arriba”.

Dicha narrativa está diseminada en el discurso de los campesinos pobres de la parroquia, que trabajan como aparceros, arrendatarios o jornaleros, y quienes suelen exteriorizar un grado desigual de conciencia social y política; algunos suelen lamentarse con desesperanza de un mundo dividido entre dominados y dominadores, en donde los dueños de la tierra explotan y oprimen con sevicia a quienes carecen de ella; pero en otros casos, la desesperanza y depresión de los sometidos cede lugar a un cuestionamiento que exterioriza un grado mayor de conciencia social al situarse en una perspectiva de transformación de la historia; articulada a consignas, conceptos e ideas de carácter subversivo, como en Dimas, Melchora, Juan Acero, Sinforiana o Tadeo, esta crítica se distingue por un imaginario mucho más acabado y definido desde una perspectiva contrahegemónica.

Dentro de este conjunto de voces subalternas, Manuela ocupa un lugar de conciencia social más bien intermedio, digamos entre Rosa y Sinforiana. No obstante, el lector es testigo de cómo la simpática aldeana *sabe* cuestionar repetidamente y sin complejos coloniales la cultura letrada de Demóstenes (IV, 33); la perspectiva de la modernidad cultural distintiva de esta última, su anglocentrismo, eurocentrismo, su cientifismo anticlerical, es desestabilizada por la defensa frecuente que Manuela hace del valor de la cultura oral desde un lugar de enunciación que reinterpreta la realidad con el lente de la historia local y subalterna, reivindicando así el derecho de los pueblos y culturas periféricos de la modernidad a ser, existir y devenir en/desde/para su horizonte y cosmovisión particulares. El sentido de esta desestabilización desde los márgenes es escenificado en la parte final del

investigaciones empezaron a visibilizar por primera vez el protagonismo de las masas populares en el curso y discurso de las reformas liberales de medio siglo, coincidiendo en señalar que las propuestas instrumentalistas “desde arriba” fueron igualmente explotadas “desde abajo” por los sectores populares para promover sus propios intereses de grupo. Dicha política de negociación fue posible gracias a la debilidad histórica de las élites colombianas, la cual impidió que grupo alguno pudiera monopolizar el poder, y menos aún alcanzar el dominio hegemónico de la población nacional.

Capítulo X y en la inicial del *Capítulo XXIII*, momentos en que el mundo de Demóstenes es puesto literalmente al revés por el orden de las cosas que establece la hija del pueblo.

La hermosa aldeana también pone en entredicho el uso retórico que las élites radicales hacían de los conceptos claves de la narrativa republicana, como los de igualdad y libertad (*IX*, 69); en este sentido, reprocha las inconsecuencias y contradicciones de los grupos dominantes encarnadas por Demóstenes (*XVI*, 153); además de la injusta enajenación de la tierra que los indígenas habían sufrido durante la república (*XI*, 96), Manuela completa su denuncia de las formas de colonialidad de la Nueva Granada acusando a la sociedad de practicar cotidianamente la desigualdad social y económica (*IV*, 33), e incluso, constituyéndose en una de las voces literarias pioneras del discurso moderno del género (como también lo hacen Juanita y Clotilde en el capítulo “El trapiche del Retiro”), la muchacha se lamenta del profundo grado de subalternidad de las mujeres pobres (*XVI*, 153).

La acometida de Manuela contra las inconsecuencias, contradicciones e incompatibilidades de la modernidad colonial, su espíritu de independencia y resistencia además de la defensa de la cultura y los pueblos locales, constituyen en su conjunto una cultura política que hace eco de la que alcanzaron sus parientes subalternos de la historia entre 1848 y 1854. Esta similitud está indicada en el *Capítulo XXIII*, donde se observa que la cultura política de Manuela llega a resultarle insoportable a Demóstenes,⁸ exasperado, le recrimina que ya no hablaba sino de política; a lo que ella responde “—¿Para qué me han enredado? Nada sabía yo de esas cosas hasta que don Leocadio, don Alcibíades y usted me enseñaron. Para que vea lo buenos que son los hombres” (*XXIII*, 235). Más allá de un posible mensaje superficial sobre los supuestos efectos negativos de la modernidad en la cultura popular, una interpretación alternativa puede colegir que, por asociación metonímica con los hechos de la historia, Díaz está refiriéndose, consciente e inconscientemente, a la experiencia de recepción y apropiación del discurso de la élite gólgota hecha por las Sociedades Democráticas, y que tuvo como consecuencia la formación de una vigorosa cultura política popular durante el periodo mencionado por la novela. Así como los artesanos y sectores dominados del realismo de la historia que habían entrado a ser parte de las

⁸ Del mismo modo que en la Nueva Granada, la cultura política de los liberales populares había empezado a tornarse demasiado política para los Samper, Camacho Roldán y otras aves.

Democráticas, Manuela ha sido iniciada en la política por miembros de la élite hasta interiorizar el credo democrático que desde el medio siglo se estaba expandiendo a lo ancho y largo del cuerpo social (Aguilera Peña y Vega Cantor, 18; Gutiérrez Sanín, 23; Sanders, 2-4; Sowell, 86-87). Esta cultura política también es palpable en otro de los personajes populares más notables de la historia, *ñor Dimas*.

Indudablemente, la historia de Dimas le permite al novelista ilustrar para la historia nacional desde la literatura, las condiciones específicas del campesinado granadino durante la década de 1850; recrea el grado de evolución del proceso de colonización interior, cuando todavía existía tierra sin reclamar; hace visible la ventaja que sacaban de esta situación los campesinos pobres, que solían usar las zonas de frontera como región de escape cuando ya no soportaban la excesiva opresión, explotación o persecución de los terratenientes y/o del Estado; y finalmente, mediante la resistencia definitivamente invencible de Dimas al proyecto de matrimonio preparado por Demóstenes y el cura,⁹ simboliza Díaz el fracaso de las técnicas civilizatorias de domesticación de la barbarie y unificación cultural implementadas por las élites en su histórico propósito de llegar a ejercer un dominio hegemónico que superase durante el proceso de consolidación el dominio sin hegemonía ejercido desde la fundación de la república.¹⁰

Pero la resistencia de Dimas no se reduce a escaparse a la montaña para evitar el matrimonio en las condiciones sangrientas que le propone el final de la historia; también se expresa en el cuestionamiento verbal, y sin los complejos del colonizado, del paradigma de civilización y barbarie que estructura el imaginario de los civilizadores. En el *Capítulo XIX*, cuando Demóstenes le habla del dogma de la igualdad, Dimas se burla con desenfado popular diciéndole que los dos eran tan iguales como un árbol de botundo a una mata de ají; el gólgota le reconviene enojado diciéndole que era un *retrogrado* por que no entendía que dicho dogma era imprescindible para los ciudadanos granadinos; a lo que Dimas le contesta:

¿Y por qué no me saluda su persona primero en los caminos y se espera a que yo lo salude? ¿Y por qué le digo yo mi amo don Demóstenes y sumercé me dice taita Dimas? ¿Y por qué los dueños de tierras nos

9 Imprescindible para consolidar el Estado-nación de acuerdo al imaginario civilizador de entonces (González Stephan, 3-20).

10 En el sentido teorizado por Ranajit Guha (1989, 210-309).

mandan como a sus criados? ¿Y por qué los de botas dominan a los descalzos? ¿Y por qué un estanciero no puede demandar a los dueños de tierras? ¿Y por qué no amarran a los de botas que viven en la cabecera del cantón, para reclutas, como me amarraron a yo en una ocasión, y como amarraron a mi hijo y se lo llevaron? ¿Y por qué los que saben leer y escribir, y entienden de las leyendas han de tener más priminencias que los que no sabemos? ¿Y por qué los ricos se salen con lo que quieren, hasta con los delitos a veces y a los pobres nos meten a la cárcel por una majadería? ¿Y por qué los blancos le dicen a un novio que no iguala con la hija, cuando es indio o negro? (175).

Observaciones de este calibre en un personaje de abajo sirven de pretexto para aclararle no tanto a Demóstenes como a los lectores de la novela, que la situación marginal del campesinado no se explicaba por factores naturalmente anacrónicos de una barbarie sin civilizar, por un estado primitivo, ontológico, de evolución¹¹, sino por los condicionamientos históricos de prácticas cotidianas de desigualdad social, política, económica y cultural, ejercidas por los grupos dominantes de la sociedad y del Estado. La respuesta de Dimas contiene un cambio de enfoque que, al igual que Manuela, desestabiliza la perspectiva de Demóstenes y el cura, para quienes, según lo expresado en el *Capítulo VIII*, el campesinado pobre estaba fuera de la historia en tanto no era y no fuera objeto ni sujeto del proyecto de la modernidad colonial.

Pero Dimas no sólo cuestiona la autoridad de la razón ilustrada, sino también la razón de su autoridad, esta vez en su versión eclesiástica. Como se recordará, el campesino le responde al cura por intermedio de su concubina que no aceptaba casarse porque ya habían pasado los tiempos en que un hombre no podía vivir libremente con una mujer y que ni la justicia ni el cura podían quitarle su libertad (*VIII*, 63). Este tipo de respuesta permite inferir al menos tres aspectos sintomáticos de la influencia alcanzada por las Democráticas a nivel nacional; ésta se observa en la forma en que Dimas se apropia “desde abajo” de las consignas de la Revolución Francesa¹² para desconocer la autoridad de la élite eclesiástica a intervenir en su vida pri-

11 Así manifiestan entenderlo los civilizadores en el *Capítulo VIII* cuando el cura se lamenta del “atraso” moral de Dimas y Demóstenes de su “atraso” técnico (65).

12 Las consignas centrales de la revolución francesa, libertad, igualdad y fraternidad, se convirtieron en el credo político del movimiento popular de medio siglo (Samper, 1946, 218; Gutiérrez Sanín, 229-33; Aguilera Peña y Vega Cantor, 89-138).

vada; asimismo, es visible en la actitud rebelde e igualitaria asumida por el campesino, que también fue una característica de la cultura política popular, como lo describe Margarita Pacheco a propósito de Cali, que se manifestó por representar la contra-cultura, por desplegar una actitud contestataria y por un afán de vivir al margen de las convenciones sociales de la cultura criolla *seudo-aristocrática* (Pacheco, 190); finalmente, el mensaje guarda una carga de irreverencia muy dicente de cómo las transformaciones de medio siglo habían fracturado seriamente la hegemonía cultural de las estructuras de poder tradicionales como la Iglesia.

También Melchora se suma a la subversión del paradigma de civilización y barbarie hecha por su esposo. El tema se inicia en el diálogo del *Capítulo VIII*, cuando le explica a Demóstenes que su pierna no se curaba de la enfermedad del vejigón porque la pobreza del grupo familiar la obligaba a trabajar sin descanso; “—¿Pobreza? con tierras tan fértiles y exuberantes”, replica Demóstenes con sorpresa; y ella a su vez le contesta con otra pregunta:

— ¿Y qué hacemos con ellas?

— ¿Cómo, qué hacemos con ellas? Descuajar todos estos montes y sembrar plantaciones para la exportación, como café, añil, cacao, algodón y vainilla; y no sembrar maíz exclusivamente como hacen ustedes.

— Muy bueno sería todo eso; pero la pobreza no nos deja hacer nada, y que como no hay caminos, ahí se quedaría todo botado; y no es eso solo, sino que los dueños de tierras nos perseguirían. Es bueno que con lo poco que alcanzamos a tener a medio descuido ya nos están echando de la estancia, haciéndonos perder todo el trabajo ¿qué sería si nos vieran con labranzas de añil, de café y de todo eso? (61).

Para sorpresa de Demóstenes, estas palabras refutan con pasmosa y sencilla lucidez el marco interpretativo de la modernidad colonial, desde el que asume la pobreza del campesinado en una tierra tan fértil como un absurdo que sólo podía atribuirse a su falta de razón moderna, de cuya lógica presume al señalar aquello que deberían hacer tan sólo si fueran más razonables en términos modernos, tumbar monte, sembrar y exportar.

Pero Melchora, situándose en la perspectiva de la historia local, refo-caliza de Europa a La Parroquia el problema de la pobreza familiar; ilustra a Demóstenes sobre lo que parecía ignorar, esto es, los grandes factores internos que históricamente determinaban el pobre comportamiento económico no sólo de la parroquia sino del Estado-nación en su conjunto; le

explica, primero, que la producción local no podía aspirar ni siquiera a un mercado interno importante por falta de vías de comunicación, lo cual era consecuencia de la poca presencia e iniciativa del Estado; segundo, le revela que aún la más insignificante iniciativa de producción de una agricultura de comercio por parte del campesinado pobre, era frenada por la oligarquía del latifundio tradicional, que incapaz de renovarse a sí misma, expresaba la ansiedad de su agotamiento en el exceso de coerción, violencia y explotación de los cuerpos subalternos (Colmenares, 1998). Cerrado y estático, por el dominio excesivo que ejercía sin hegemonía, el sistema de latifundio tradicional se revela en la tesis global de la novela como uno de los principales obstáculos para la constitución y el progreso del Estado-nación.

De este modo, las razones de Melchora sumadas a las de Dimas le enseñan a Demóstenes lo que el punto ciego de la mirada modernizadora le impedía ver, el de la colonialidad. Desde la perspectiva de su historia de pobreza y sometimiento, los ciudadanos de la montaña le demuestran que evidentemente tenían un saber, una *episteme*, para entender y explicar los factores de su marginalidad, y por tanto de la penuria de la familia nacional que por asociación simbolizan.¹³ Juntos articulan en la narración la crítica desestabilizadora que la familia popular tenía para enseñarle a la modernidad colonial, aquella conformada por las pequeñas voces de la historia de los artesanos y de los pobres del país, relegada precisamente por y para el proyecto de la colonialidad europea en complicidad con las élites nacionales.

Este contrapunteo desestabilizador entre subalternidad, élite y representación, entre las culturas locales y el proyecto nacional de colonización interior, constituye la estructura que le da armazón al edificio de la novela, como ya lo han observado Raymond L. Williams (1989) y María Mercedes Ortiz (2002).¹⁴ Pero también la novela revalida explícitamente esta tesis

13 A propósito de esta diferencia entre el enfoque desde arriba y desde debajo de la realidad nacional durante este periodo, afirma Gutiérrez Sanín que mientras “la distopía de las clases altas es ontológica —las trayectorias vitales actúan como condena, la barbarie es producto de ser alguien, no de querer algo— las distopías plebeyas intentan interpretar cuáles son los intereses específicos que se encuentran detrás de la barbarie” (1995, 114-115).

14 Raymond L. Williams considera la dinámica entre oralidad y escritura como el aspecto más importante de la novela, pues es a través de ésta que son articuladas por Díaz las posiciones ideológicas de la novela; explica que su presencia obedece indudablemente a una conciencia mayor de la cultura oral de parte del escritor y a una clara intención de integrarla en la novela

desde la historia, cuando en el *Capítulo XXI*, inmediatamente después de haber admitido Demóstenes que estaba *aprendiendo* de doña Patrocinio, Manuela lo refrenda diciéndole:

Ya verá cómo *ñá* Melchora y Pía y *ñor* Dimas le hacen conocer cosas mucho más importantes para el gobierno, que esas sus novelas que usted llama sociales, y sobre todo usted va a ganar mucho con haber visto cómo es el gobierno de la parroquia (215).

Efectivamente, le *enseñan* el lado oscuro de la modernidad, el de la colonialidad, que era el que denunciaban los militantes de las Sociedades Democráticas en el campo social y el que un intelectual tan *sui generis* como Eugenio Díaz Castro quería dejar al descubierto en el campo literario.

La tensa competencia entre élite y subalterno está asociada permanentemente en la novela, de forma metonímica y directa, al fantasma de la lucha popular nacional organizada por las Democráticas. Así lo indica, por ejemplo, la reacción paranoica que despierta en el cura la negativa de Dimas a casarse en el *Capítulo VIII*, que lo lleva a establecer irreflexivamente una relación de complicidad entre la actitud del campesino y Tadeo.¹⁵ No hay, sin embargo, evidencia alguna de tal confabulación; por el contrario, Tadeo y Dimas son personajes antagónicos en los capítulos *XXVII* y *XXIX*, y es Dimas quien justamente secuestra el archivo de Tadeo y lo entrega a Demóstenes. Lo cierto es que el fantasma que activa la negativa irreverente del jornalero es homólogo al que había despertado progresivamente la insurgencia popular en los sectores privilegiados entre el los años de 1848 y de 1853, y que se haría patente en 1854 cuando de buena gana olvidaron sus diferencias ideológicas para unirse como clase y frenar el arribo al poder de las Democráticas. Precisamente, la ansiedad que despertaban las transformaciones sociales del medio siglo, que estaban abriendo un espacio cada vez mayor a los de abajo en el Estado nacional, es personificada en la novela de forma directa y desplazada por Tadeo.

(1989, 596); María Mercedes Ortiz desarrolla la propuesta de Williams planteando que personificada en Manuela, Díaz le concede una agencia grande a la cultura oral de los pueblos locales, a la patria real y a lo femenino en el diálogo tenso que ella sostienen con Demóstenes, personificación de lo nacional, la patria abstracta, letrada y masculina (141).

15 Sobre la negativa de Dimas, comenta el cura a Melchora: "—¿Conque ya las doctrinas de Tadeo alcanzan hasta la última choza de la montaña? Porque Tadeo es el que predica esas doctrinas [...] " (*VIII*, 63).

Narrativa contrahegemónica popular y fantasmicidad son ciertamente cualidades distintivas de la apariencia, acción y voz de este personaje. Como lo afirmara Colmenares (1988, 259), Tadeo mueve prácticamente casi todos los hilos de la trama, apareciendo, sin embargo, muy rara vez y de forma espectral; se disfraza de ermitaño o de Nazareno (XXVIII, 291), se presenta embozado en las fiestas (III, 25), es descrito indeterminadamente como una plaga (I, 14), se lo divisa a lo lejos como un hombre de ruana colorada sacándole punta a un lápiz (IV, 34),¹⁶ se sospecha, por parte del cura, que su doctrina ha alcanzado al ciudadano de la montaña, aunque jamás se informara en la narración de un contacto entre ellos (VIII, 63); incluso su posición y acción partidista es fantasmática, pues doña Patrocinio no acierta a decirle a Demóstenes si era conservador o liberal (XIII, 115); después de que Manuela ha tenido la ilusión de verlo antes de salir para la iglesia, se infiere, porque nadie lo ha visto, que fue él quien causó el incendio y la muerte de la protagonista (XXXI, 319-320); finalmente, en el *Capítulo XV*, es juzgado por “los notables” como “gamonal” y “tinterillo”, calificativos tan peyorativos como indeterminados ya que eran usados a manera de comodín por la mayoría de los personajes de la novela, al igual que eran usados por los granadinos de la historia para denigrar a los militantes del partido contrario.¹⁷ De forma complementaria, el carácter contrahegemónico de Tadeo es vinculado a las Democráticas por alusiones directas de la narración; doña Patrocinio lo sindicó de haber colaborado con el gobierno de Melo en 1854 (XIII, 115); y es identificado por el narrador como seguidor de los principios del mismo general (XV, 137).

Aparte de las referencias anteriores, el discurso de Tadeo y sus seguidores revela adicionalmente características cardinales de la narrativa adoptada por los liberales populares antes, durante y después del gobierno de Melo. Sin embargo, en este punto, vale la pena hacer un paréntesis para reflexionar sobre el hecho de que el discurso contrahegemónico más político y radical

16 Ambos, ruana colorada y lápiz, fueron precisamente símbolos de la identidad de las Democráticas que interpelaban el relato de la modernidad desde las calles hasta los periódicos como *El Artesano*, *La Alianza*, etc.

17 Malcom Deas señala que desde el inicio de la república la figura del político fue tipificada por los colombianos como “Manzanillos, caciques, tinterillos, politiqueros, si están afiliados al otro bando. Si están del lado de uno, fieles trabajadores del partido, o fuerzas vivas de la localidad” (1994). Tampoco los pecados de fraude y violencia que se atribuyen al tinterillo de la novela eran casos excepcionales, sino una característica nacional, como lo afirma David Bushnell (1994).

de la novela provenga de algunos de los personajes más inmorales, como lo planteara Germán Colmenares.

Sugiere Colmenares que Díaz estaría reproduciendo con esta asociación el miedo de los sectores conservadores, él entre ellos, a la amenaza que significaba para el orden social tradicional la progresiva agencia e inclusión de los de abajo en el panorama político nacional (Colmenares, 1980, IV; 1988, 259). Pero esta idea no sólo es desmentida por el conjunto sino también por muchas partes de la novela. Al considerar, por ejemplo, la perspectiva dominante del focalizador-narrador (Rimmon-Kenan, 1982), debe aceptarse que ésta tiende a establecer a través de los personajes un diálogo o contradicción polifónica con la pluralidad de posiciones ideológicas empotradas en el relato muy al contrario de lo que sucede en novelas claramente conservadoras como *Cumandá*, *María* o *Enriquillo*, en las que la heterogeneidad de la sociedad, de la cultura, de la historia, del lenguaje y/o de los personajes es homogeneizada por la representación desde arriba. Ni Manuela ni Dimas o Melchora, entre otros, se construyen de modo compatible con Demóstenes o el cura. Díaz junta en múltiples situaciones de la parroquia a la élite y a los subalternos pero sin celebrar matrimonios ni éxitos civilizatorios de la cultura letrada sobre la cultura oral, como generalmente sucedía en la mayoría de las novelas decimonónicas, incluidas las más liberales. De hecho, la presencia de personajes en distintas situaciones y con distintas posiciones ideológicas en la narración más que obedecer a una fragmentación del punto de vista moral, como lo sugirió Colmenares (1988, 257), tiende a estar en consonancia con su voluntad de incluir a las distintas tendencias políticas comprometidas históricamente en la lucha por el dominio hegemónico del Estado nacional.¹⁸

La sugerencia de Colmenares, de que con Tadeo es revalidada estratégicamente por el escritor la visión conservadora sobre las transformaciones sociales, es a la par desautorizada por la presencia de numerosos campesinos pobres que sin ser tadeístas ni inmorales saturan la historia tomando igualmente una posición de rebeldía y un sentido de pertenencia para disociarse del discurso retórico y de la situación social de los sectores acomodados, mientras se agrupan en torno al adaptado discurso democrático, que les da el ánimo y el temple de cuestionar la autoridad del sujeto y del discurso letrado, de disputarle de igual a igual el sentido de la democracia verdadera.

18 Voluntad explícita en los *Capítulo XV* y *Capítulo XXIX*.

No obstante, la caracterización negativa de Tadeo como figura de la transgresión social es susceptible de ser interpretada de dos maneras distintas, más coherentes con la tesis general de la novela y con la vida del escritor: como una escenificación de la prosa de la contrainsurgencia y como una operación de sustitución y desplazamiento, no necesariamente consciente, para burlar la censura. La prosa de la contrainsurgencia, según Ranajit Guha, está conformada por los archivos de las voces del discurso oficial y por los discursos que comparten su punto de vista en periódicos, memorias, correspondencia privada y producciones literarias. Ésta suele identificar negativamente las manifestaciones populares que interpelan, interrumpen, rechazan o niegan la narrativa de la modernidad y del Estado, como expresiones insensatas de una barbarie sin civilizar que amenaza el orden, la razón, la moral, la civilización. Así, leyendo a contrapelo lo que el discurso oficial dice como prosa de contrainsurgencia sobre las demandas de los pobres, se pueden recuperar estas últimas, sostiene Guha, y con ellas, las pequeñas voces de la historia (Guha, 2002, 95-111). El enfoque y la ansiedad que adoptó históricamente el discurso oficial colombiano para referirse al subalterno insurgente, vigorosamente agente de resistencia y transformación social desde 1848 aproximadamente, es captado en la acumulación de adjetivos desdeñosos y ofensivos que le atribuyen a Tadeo y a sus seguidores: el caos, la anarquía, la causa incontrolable, irracional e inmoral de casi todos los males de la parroquia (canalla, bandido, peste, tinterillo, tiranillo, gamonal).¹⁹

También es legítima una interpretación psico-social para entender por qué la trasgresión social de las Democráticas está vinculada a un personaje obscuro y deshonesto como Tadeo. Dicha afiliación podría entenderse como un recurso metonímico del escritor, no necesariamente consciente, para burlar la posible censura social de sus lectores virtuales, satisfaciendo al mismo tiempo su propio imaginario individual²⁰, tal recurso se satisface en la medida en que logra compensar el deseo personal de permitir

19 Esto puede comprobarse fácilmente examinando lo que decían los periódicos conservadores desde 1848 sobre las Democráticas y las formas de resistencia e insurgencia popular que inspiraron en regiones como Bogotá y el Gran Cauca, con la revuelta del *Perrero*, entre otras, así como lo que empezaron a expresar los periódicos y memorias de los Gólgotas después de la ruptura con los artesanos (Samper, 1946, I, 218-219; Camacho Roldán, 109).

20 El ejemplo típico de este mecanismo fue el que usó Miguel de Cervantes cuando a través de un loco, Don Quijote de la Mancha, dijo las verdades que se le antojaron sobre la iglesia y el sistema político y social de su tiempo sin arriesgarse por ello a perder su vida en las parrillas de la inquisición o su libertad en las cárceles del Reino.

escuchar las voces del pueblo con quien se identificaba, aunque fuesen incrustadas negativamente en la prosa de la contrainsurgencia.²¹ Al incluir esta última en el texto place simultáneamente el imaginario de la élite letrada a quien estaba dirigida la narración, que se representaba como un fenómeno monstruoso el movimiento popular de las Democráticas. Así, el escritor busca defender tanto al hombre como a la novela de las posibles sanciones sociales y estéticas que pudiesen recibir por su simpatía con la causa del pueblo derrotada en 1854. Hecho este largo paréntesis, se retoma a continuación el examen de las características de Tadeo, particularmente de cómo su discurso concentra la narrativa contrahegemónica diseminada en los subalternos de la historia y de qué modo recrea la radicalidad que adoptó el discurso de las Democráticas después de su ruptura con los liberales gólgotas empotrada.

Efectivamente, el discurso de Tadeo, en la única oportunidad que el narrador le concede la voz, sintetiza no sólo las disertaciones dispersas y fragmentarias de los tadeístas sino también los alegatos de la mayoría de los personajes que expresan su enfado social como sujetos explotados, oprimidos y humillados. Considérese, por ejemplo, el siguiente fragmento de su única alocución directa en la novela:

—¿Qué más se quieren los ricos que el tener auxilios de los pobres para hacer la guerra a los pobres? Porque la sociedad no es otra cosa que la guerra eterna de los ricos contra los pobres. En todas las transacciones el rico es el que da la ley al pobre: en las compras y ventas, en los arriendos, en las obras de manos, en las demandas, en los jornales y hasta en los amores. La esclavitud rigurosa tuvo su origen en la torpeza, la debilidad o la miseria de los hombres. La deferencia actual de los descalzos a los calzados, o de los ignorantes a los que saben leer y escribir, no es otra cosa que la sumisión del vencido en la guerra general de ricos y pobres. La guerra de manuelistas y tadeístas no es otra cosa que la guerra de ricos y pobres, porque los hacendados me hacen la guerra a mí que soy el defensor de los derechos del pueblo descalzo. De manera que los pobres que regalán sus cosas a los ricos y que les sirven de balde, no hacen otra cosa que dar armas contra sí mismos, y por eso dice el dicho, que no hay peor cuña que la del mismo palo. La vieja Patrocinio cebándoles el rabo a los puercos gordos de las haciendas, no hace otra cosa que dar fuego contra los pobres (XXVIII, 293).

21 De modo similar a como deja escuchar la narrativa contrahegemónica popular enquistada en la de la modernidad colonial.

Nótese cómo, al igual que Dimas, Dámaso, Rosa, Pía, Manuela o La Lámina, entre otros, el personaje define la sociedad como una disputa entre ricos y pobres, calzados y descalzos, hombres de levita y hombres de ruana en lugar de una lucha entre liberales y conservadores como lo hacen Demóstenes, el cura y el resto de personajes privilegiados. De este modo, su discurso manifiesta una radicalidad que permite a los lectores de *Manuela* localizar con mayor exactitud histórica el fenómeno estudiado por la novela.

Cuando Tadeo llama a *desengañarse* de la narrativa sobre la consolidación nacional articulada por los sectores privilegiados, a reconocer en ella una mera artimaña para acceder o legitimar el ejercicio del poder, está recreando el fundamentalismo asumido por los vecinos pobres de la Nueva Granada que la novela quiere visibilizar para la historia desde la literatura; es el imaginario que asumieron las Sociedades Democráticas, y la gran mayoría de los sectores populares influenciados por su discurso y acciones, después de la ruptura de clases con los Gólgotas, la toma del poder y la derrota consiguiente en compañía del general Melo (Sowell, 117-133). Esto puede corroborarse examinando un fragmento de *El desengaño o confidencias de Ambrosio López. Primer Director de la Sociedad de Artesanos de Bogota, denominada hoy "Sociedad Democrática"*. Escrito para conocimiento de sus consocios (1851), discurso escrito en la vecindad de la historia que la novela quiere captar y que marcó históricamente el inicio de esta etapa de ruptura.

Al igual que Tadeo, López centra su reflexión en el tema del engaño de que han sido víctimas los artesanos por parte de la retórica nacionalista de las elites gólgotas, para no mencionar a las conservadoras a quienes desde un principio identificaron como los enemigos mortales de la causa popular; advierte a los artesanos que sin duda habían sido seducidos por el discurso democrático gólgota para ser usados como escalera en su llegada al poder, exactamente como lo indica el artesano de ficción en el *Capítulo XV*; afirma que no existía en el país un sistema democrático de gobierno sino uno aristocrático, que la igualdad, libertad y fraternidad predicada por los gólgotas no existía (López, 22-23); insiste en que la sociedad más que en bandos políticos, estaba dividida en clases, de aristócratas opresores y pueblo oprimido (20); y se queja, finalmente, del ataque liberal radical emprendido contra la religión. Este comentario reconoce con la amargura del desengaño que la república no se había fundado y menos consolidado desde el punto de vista del pueblo, "de abajo para arriba", como quería

Díaz; no existía la república para las mayorías que conformaban el cuerpo nacional aunque un pequeño grupo de privilegiados se empeñara en decir lo contrario. La crítica de López coincide tanto con las ideas generales expresadas en la novela a través de Tadeo y de los personajes pobres y oprimidos de la historia que es difícil no ver en ello el impacto del movimiento de las Democráticas en la literatura.

Si la hipótesis aquí defendida no es errada, una re-lectura atenta a las pequeñas voces de la historia, permite concluir que existe en *Manuela* una narrativa de carácter contrahegemónico y popular; alojada en los intersticios de la narrativa de la modernidad, de forma fragmentaria, dispersa, implícita, metonímica e incluso articulada en la prosa de contrainsurgencia; dicha narrativa capta el tono y el imaginario que adoptó el movimiento popular de las Sociedades Democráticas inmediatamente antes y después de los sucesos de 1854. De este modo, gracias a ese ciudadano de la montaña, a ese Dimas de la literatura colombiana, Eugenio Díaz Castro, sirvió *Manuela* de solitaria resonancia a las vencidas voces del pueblo que en aquella época se unieron, quizás por primera y última vez, con lucidez y organización por un proyecto de nación verdaderamente democrático y popular.

Repasado como romance fundacional, en el sentido usado por Doris Sommer a propósito de las novelas decimonónicas (1991), podría decirse que el predicado final de *Manuela* declara que la tarea de consolidar la construcción de la república había quedado inconclusa. Este traumático aplazamiento es atribuido a la pretensión de los grupos privilegiados granadinos de realizar un Estado-nación no “de abajo para arriba”, “de la provincia hacia el congreso”, sino “de arriba para abajo”, dejando paradójicamente por fuera del proyecto a la nación, campesina y rural, oral y no letrada, pobre y no rica, religiosa y no atea, constituida por culturas y poblaciones con historias locales refractarias a las que el proyecto de la modernidad colonial y sus cómplices nacionales querían imponer.

Lo anterior explica que en el lenguaje de la literatura, que por sustitución y desplazamiento simboliza como el lenguaje de los sueños las verdades insoportables del pasado y los deseos y ansiedades inconfesables del presente y del futuro, haya sido la muerte y no el matrimonio feliz diseminado en hijos saludables y familia próspera el destino final de la historia de amor entre Dámazo y Manuela, los personajes protagonistas de un proyecto de sociedad futuro para la gran familia nacional. Si como indica el cura en el *Capítulo III*, el matrimonio era la base de la sociedad política, entonces el

fracaso del matrimonio de los sectores populares en un simbólico "Día de la Independencia" significa alegóricamente la frustración de la sociedad política entre el Estado y la nación. Ninguno de los representantes de los proyectos hegemónicos de las élites, Demóstenes y el cura Jiménez, es vehículo de salvación del matrimonio que garantizaría el futuro de la pareja tanto en lo privado, Manuela y Dámaso, como en lo público, el Estado y la nación, porque ambos favorecen en el fondo variaciones del mismo proyecto de la modernidad colonial, que condenaría a la gran población nacional a siglos de violencia y miseria.

La novela asevera implícitamente que la fragmentación y la falta de consenso se prolongarían hasta tanto no fueran transformados los factores que obstaculizaban la ambicionada unidad entre el Estado y la nación. Es cierto que Díaz no dice programáticamente cómo cambiar dichos impedimentos, como injustamente se lo reprochara Germán Colmenares (1988, 258), ya que la novela no ofrece ni en el desarrollo ni en el desenlace una solución a los problemas y preocupaciones presentados a lo largo de su historia, sobre subalternidad y representación, igualdad y justicia social, sobre el choque entre modernidad y tradición; pero considerando el horizonte histórico en que fue escrita *Manuela* era prácticamente imposible que Díaz, o cualquier otro escritor, hubiese logrado satisfacer tales expectativas desde nuestro punto de vista contemporáneo.

En todo caso, nadie consiguió en el siglo XIX bosquejar con el acierto novelístico de Díaz Castro los factores que impedían la consolidación nacional además de advertir que su falta de solución condenaría la realización del proyecto de unidad Estado y nación a un atasco permanente. Esta advertencia ha sido tan certera como tenaz ha sido el estatismo histórico de la élite nacional que 150 años después de escrita la novela, antes que renunciar a su carácter altamente corrupto, conservador, oligárquico y retardatario, ha preferido continuar evitando a sangre y fuego la consolidación de un Estado social de derecho, realmente incluyente, democrático y popular. No hay que extrañarse entonces, a no ser por un gesto de ironía, que la violencia y desinstitucionalización endémicas sean los rasgos de identidad de la nación y del Estado colombianos del presente porque, como lo señaló solitariamente Eugenio Díaz Castro en *Manuela*, el dominio del Estado-nación a la fuerza y sin el consenso obtenido por un bloque hegemónico, ha condenado y sigue condenándolo a un impasse fundacional. Por todo esto, es sin duda *Manuela* y no *María* el romancé de (in)fundación de Colombia.

Bibliografía

- Aguilera Peña, Mario y Renán Vega Cantor. *Ideal democrático y revuelta popular*. Bogotá: Cerec, 1998.
- Arboleda, Sergio. *La República en la América española*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951.
- Burns, Bradford E. *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press, 1983.
- Bushnell, David. "Las elecciones en Colombia: Siglo XIX. Para bien o para mal, han sido una característica nacional", en: *Revista Credencial Historia*, No. 50. Bogotá: 1994. Versión online, octubre 4 de 2006.
- Camacho Roldán, Salvador. *Memorias*. Bogotá: Tercer Mundo, 1948.
- Colmenares, Germán. "Manuela, la novela de costumbres de Eugenio Díaz Castro", en: *Manual de literatura colombiana*. Tomo II. Bogotá: Procultura, 1988, 247-266.
- _____. *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá: Ancora, 1980.
- Deas, Malcom. "Las elecciones y la política en la vida cotidiana republicana", en: *Revista Credencial Historia*, No. 55. Bogotá: 1994. Versión online, octubre 4 de 2006.
- Díaz Castro, Eugenio. *Manuela*. Bogotá: Universal, 1998.
- González Stephan, Beatriz. "De fobias y compulsiones: la regulación de la barbarie", en: *Hispanica*, No. 74. Gaithersburg: 1996, 3-20.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. México: Era, 1984.
- Guha, Ranajit. *Las voces de la historia y otros ensayos*. Barcelona: Crítica, 2002.
- _____. "Dominance without hegemony and its historiography", en: *Subaltern Studies IV*. Delhi: Oxford UP, 1989, 210-309.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. *Curso y discurso del movimiento plebeyo. 1849/1854*. Bogotá: Ancora, 1995.
- López, Ambrosio. *El desengaño*. Bogotá: Incunables, 1985.
- Mignolo, Walter Mignolo. "La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad", en: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Edgardo Lander (ed.). Buenos Aires: CLACSO, 2005, 55-85.
- _____. *Local Histories/Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton UP, 2000.
- Ortiz, María M. "De patrias chicas y grandes: la representación de la nación en *María* de Jorge Isaacs y *Manuela* de Eugenio Díaz Castro", en: *Literatura y otras artes en América Latina; Actas del XXXIV Congreso del Instituto Internacional de Literatura*. Iowa: Iberoamericana, 2002, 141-149.

Manuela, de Eugenio Díaz, el impasse de fundación nacional Sergio Escobar

Pacheco, Margarita: *La fiesta liberal en Cali*. Cali: Universidad del Valle, 1992.

Rimmon-Kenan, Shlomith. *Narrative Fiction: Contemporary Poetics*. London: Mathuen Co, 1982.

Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas) Con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*. Bogotá: Ministerio de Educación de Colombia, 1985.

_____. *Historia de un alma: 1834 a 1881*. Tomo I. Bogotá: Kelly, 1946.

Sanders, James. *Contentious Republicans. Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham: Duke UP, 2004.

Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.

Sowell, David. *Artisanos y política en Bogotá*. Isidro Vanegas (trad.) Bogotá: Pensamiento Crítico, 2006.

Vergara y Vergara, José M. "El señor Eugenio Díaz", en: *El Mosaico*. Bogotá: abril 13 de 1865.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1977.

Williams, Raymond L. "Los orígenes de la novela colombiana. Desde «Ingermina» (1844) hasta «Manuela» (1858)", en: *Thesaurus XLIV-3*. Bogotá: sep-dic, 1989, 581-605.